

María del Mar Ramón

**LA
MEMORIA
ES UN
ANIMAL
ESQUIVO**

*¿Quién somos
en el fondo?
¿Somos el nombre que habitamos?
¿Somos el recuerdo que nos habita?*
Nadia López García

*Miramos el mundo una sola vez, en la infancia.
El resto es memoria.*
Louise Glück

*¡tanta vida y jamás y jamás! ¡Y tantos años,
y siempre, mucho siempre, siempre, siempre!*
César Vallejo

PRIMERA PARTE

1

La casa está habitada por raíces y árboles. Una maleza verde y vivaz ha crecido con determinación entre las ranuras que dejó el concreto. En las baldosas del baño se asentaron toda clase de musgos y dientes de león florecidos decoran el suelo, alimentándose de una tierra lejana que reposa debajo del cemento. Enredaderas se han colado por las ventanas y las raíces de la araucaria del jardín fracturan el piso como si nunca hubiese existido allí una estructura de hormigón capaz de sostener la genealogía entera de una familia. Por eso sería una mentira, o al menos una expresión tramposa, asegurar que la casa está vacía. Mucho vive aquí. Naturaleza rebelde y abnegada; ésa es la forma que adoptó el paso de los años. Por eso, supongo, todas las luchas contra el tiempo son luchas contra la naturaleza.

Mis pies se anticipan a la nostalgia. Nunca creí que fuera a estar en este lugar en soledad; en esta casa donde no existía el silencio. Cada instante de esta mudez me

pasma, es testimonio de que he vuelto, de que mi hermano ha muerto, de que nunca me fui.

Me decido a recorrerla de nuevo. Me tomaría más que la vida entera que me queda limpiarla, aniquilar todo lo que vive ahora y hacerla habitable. Incluso si lograra dejarla revestida de un impoluto cemento reluciente, remodelada a mi antojo, no estoy seguro de que alguien pudiera vivir aquí. Esta casa está llena de fantasmas y de muertos. Si cierro los ojos escucho los pasos de papá y veo su figura larga, su perfil griego, su cinturón apretado. Papá que también murió en este sitio y yo que tampoco pude verlo. Y esta casa, que es tumba, altar y ruina al mismo tiempo.

Paso por el que era mi cuarto. Lo que queda de la estructura de la habitación está llena de grafitis que seguramente pintaron *los otros*, de los que Pablo me escribió tantas veces. Yo sólo respondí a sus correos sobre este asunto en una oportunidad: «Por mí que la tumben, Pablo. Con lo que haya adentro».

No recuerdo su respuesta. Aunque sé que es mi memoria orgullosa que ahora, justo en nuestro cuarto, decide omitir sus palabras. Porque soy yo quien recuerda. Recuerdo sus cartas mecanografiadas; recuerdo las mías. Recuerdo sus llamadas por cobrar. Recuerdo cuando nuestras epístolas se convirtieron en correos electrónicos, e incluso sus *whatsapps* esporádicos. Él y su obsesión por mantener esta casa como un museo de nuestra propia tragedia. «¿Para qué?», le decía yo. «¿Para que en muchos años vengan arqueólogos a investigar nuestra miseria?». «Usted siempre va a ser un exagerado, Juan Francisco. Un doliente. Le encanta decir

allá que usted es una víctima de todos nosotros. ¿Qué le hicimos que es tan horrible, tan imperdonable?», me respondía él, y ahí yo dejaba de hablarle. Así pasaban los meses, a veces los años, hasta que una noticia de vida o muerte me obligaba a retomar el contacto.

Después de *los otros* vino el abandono. Una casa abandonada es una mezquindad. Si cierro los ojos en este cuarto, puedo recuperar el olor de los jazmines rosados en el verano. El aroma intoxicante de los días de todavía más calor. Se me vienen a la memoria los años de las fiebres altísimas. Yo en cama, sin que nadie supiera qué tenía. Ardiendo de un fervor que me hacía delirar. Debía ser verano porque todo olía a jazmines. Estaba postrado, con el cuerpo juagado en un sudor frío. Venía un médico que decía palabras que yo no entendía, y papá salía por la puerta de mi cuarto con su inmensidad. Vino hasta un chamán que me hizo unos rezos. Lo trajo la tía Chela a escondidas de papá, que jamás habría hecho nada que no autorizara la Iglesia. Pero no mejoré. Las fiebres siguieron, más intensas, amenazando con desintegrar mi cuerpo escuálido y enfermizo.

Vino el cura a bendecirme. «Debe ser la voluntad de tu mamá», me dijo, y llegó a darme los santos óleos en la frente. «Si Dios así lo quiere, hijo mío, tendrás que irte». El tío Pacho, a quien teníamos que referirnos como padre Francisco, me bendijo y yo cerré los ojos con la ilusión de que al abrirlos estuviera mi madre esperándome, con su abrazo tibio. Los apreté tan fuerte que sentí que me desmayaba de una vez. Que ésa era la muerte y que mamá, que me había amado tanto más que a mis hermanos, que me había deseado tanto, había de-

cido que me fuera con ella. En el cielo que habité por segundos tenía un vestido que me ponía cuando nació. Allí no era el niño que resulté, sino la niña que ella había soñado. Mamá me decía que este mundo no era para nosotros; nosotros, que teníamos los mismos ojos tristes y el mismo pelo dorado, como de Niño Dios. Pero no. Los abrí y ahí seguía. Todos se habían ido, menos Pablo. El único que se quedó a mi lado, poniéndome paños de agua fría.

Recuerdo escuchar su voccecita en mi oído: «No se muera, por favor. No me deje solo en este cuarto, que a mí me da miedo la oscuridad y papá me regaña. No se muera porque después va a quedar su fantasma y va a venir a asustarme, como el de mi mamá. No se muera porque si se muere, papá no lo va a soportar y se va a encerrar otra vez. Por favor, Dios mío, no te lleves a mi hermano. Si está ahí, mamá, no se lo lleve todavía, déjelo acá con nosotros». Luego lo escuché susurrarme con más fuerza: «Si usted se va, ¿quién me va a cuidar de los indios?». Quise responderle que los indios ya se habían ido, que el tío Pacho los había traído de la selva del Catatumbo durante unas semanas nomás y que ya no iban a volver. Pero Pablo les tenía pánico. Les había temido desde la primera vez que cruzaron la puerta con sus tarrabos y sus lanzas, rodeados de monjas benedictinas que les enseñaban a rezar. Cuando Luciano y yo jugábamos a ver quién aguantaba más tiempo debajo del agua, si los indios o nosotros, Pablo sólo miraba aterrado desde la esquina de nuestro cuarto. Y esas noches no pudo dormir de saber que diez indígenas motilonos en proceso de evangelización acampaban en nuestro patio.

Habrá sido tan genuino su deseo y su amor que la muerte me dio mucho más tiempo y hasta se lo llevó a él primero.

2

Dijeron que había sido un milagro y que el milagro lo había hecho yo. Yo les quise explicar a papá y al tío Pacho que el milagro lo había hecho Pablo, que había rezado todas esas horas a mi lado, pero no hubo caso. «Los niños no hablan cuando hablamos los mayores», me dijo papá, sin mirarme siquiera. Elevando la mano en el aire formó un muro invisible entre su inmensidad y mi pequeñez cuando traté de explicarle que yo no había rezado, que yo en realidad me quería ir de este mundo a cualquier otro. A cualquiera donde estuviera mamá. Entonces el tío Pacho me abrió los ojos, me revisó la boca y después me miró los dientes, como si yo fuera un perro de la calle. Por esos días había una epidemia de dengue en la ciudad y la teoría más consistente era que yo había tenido la enfermedad y que el Dios que vivía en mí la había expulsado. El tío Pacho salió del cuarto con papá y después papá volvió solo. Se agachó por primera vez en la vida para dirigirse a mí, y me dijo que el tío Pacho había exigido que me fuera al seminario, porque yo tenía a Dios en mi interior y debía

seguir su camino desde ahora. Vi en los ojos de mi padre una duda cruel, una especie de compasión que nunca le había visto: una clase de pena. Empacamos la maleta mientras yo lloraba y me limpiaba las lágrimas con el dorso de la mano, tratando de que no se notaran. Papá se dio cuenta, pero no me regañó por llorar. Pablo, que me ayudó a empacar, disimulaba su tristeza, y para que yo no me acongojara más, me dijo: «Allá va a ver a Luciano. Al menos no va a estar solo». Tomé su consuelo con un agradecimiento infantil y vi cómo papá cerraba la maleta de cuero empolvada.

Al otro día, apenas amaneciera, me iban a llevar a la terminal de buses para que me fuera a Bogotá. El viaje iba a durar dos días. Vino la tía Chela a preparar comida para el camino. La escuché hablando con papá en la cocina. «Es apenas un niño, Guillermo. Lo va a mandar al seminario con muchachos más grandes y apenas tiene nueve años. Está recién huérfanito de mamá. ¿A usted sí le parece?». Recuerdo la resignación de la voz de mi papá al responder que eran los designios de Dios, que no podían contradecirse.

Cuando clareó, papá vino a buscarme para que me bañara. Pablo seguía dormido y preferí no despertarlo para que pudiera descansar más. Ya en la calle, al frente de la casa, me escapé del carro y me acosté en el pavimento. «Papá, te pido por lo que más quieras que no me lleven al seminario. Te lo ruego. Voy a hacer lo que tú me digas por el resto de la vida, pero por favor déjame quedarme acá contigo y con Pablo». Lo tuteé, nunca lo hacía. Nos tratábamos de *usted* en esta casa. Luego me arrodillé en el pavimento caliente y las pie-

dritas tibias se me clavaron en las rodillas. Cerré los ojos esperando la cachetada de mi papá, que me levantara del piso de un solo golpe y me dijera que no fuera tan ridículo y tan maleducado, pero él volvió a agacharse y me pidió que lo perdonara, antes de alzarme con ternura y devolverme a la parte de atrás del carro. Ésas fueron las últimas palabras que cruzamos antes de que volviera por primera vez a esta casa. A esta herida.

Nunca volvió a pedirme perdón y yo nunca volví a tratarlo de *tú*.

3

Las esquiras de un vidrio roto se me clavan en los pies y el dolor agudo me hace apretar los dientes, pero no me detengo. No sé qué ventana se ha roto, qué puerta ha explotado dejando esos escombros filosos en el suelo. Camino a tientas. No me parece que sea de noche aunque la oscuridad no me deja ver con nitidez. Entonces entro a una capilla discreta, atípicamente modesta, con unas hileras de asientos de madera gastada que al frente tienen una especie de alerón acolchado donde las personas se arrodillan para pedirle a Dios. Yo me he arrodillado ahí incontables veces. También he tenido que arrodillarme en el suelo, en el pavimento caliente y en los caminos destapados de este lugar. En las paredes de la capilla hay imágenes de unos santos que no están revestidas en oro, sino dentro de un marco de madera mal pintado de dorado. En esta capilla siempre es de noche así haga sol. El altar, al fondo, inaugurándolo todo. Un pequeño atril donde los curas se paran de espalda a la congregación y rezan, casi para sí, siempre en tono de sermón. Los curas regañan, los curas señalan el pecado, lo denominan, lo

clasifican y también lo juzgan. Los curas dicen qué sí y qué no; los curas dictaminan qué es bueno y qué es malo, qué es sagrado y qué es profano, qué es ofensa y qué es chiste, qué es refinado y qué es vulgar. Me adentro entre las bancas largas, por un pasillo que lleva hacia el fondo de la capilla; el lugar al que nunca nadie va. La espalda de Dios. Los pies me duelen a cada paso y amenazan con desvanecerme, pero resisto. Resisto porque hay que soportar el dolor para llegar a Cristo, para entender su padecimiento. El dolor purifica, el sufrimiento es virtuoso, valiente. Me detengo ante una imagen. He llegado por fin a *esa* imagen. En el fondo de esta capilla sombría, en un agujero en una pared, como una cueva, exhibida a través de un vidrio, está la imagen del Jesús al que le rezo.

Mi cuerpo apenas le llega a la altura del pecho. Es un Cristo a escala, que todavía no carga la cruz o que se ha liberado de ella. En su cuerpo están las marcas de todas las heridas. Las rodillas rebanadas, con la carne tajada y sangrienta. Los pies atravesados por un agujero que ha dejado una huella roja escarlata, el torso dibujado por latigazos profundos que han roto la piel, su sexo cubierto con la escasez de un pañuelo blanco. Su flacura; sus costillas que sobresalen. Unas manos huesudas con los nudillos gastados y los dedos con heridas de alguien que ha tratado de romper hormigón con las manos. Este Cristo se apoya levemente en una de sus rodillas, en un gesto de cansancio. Los brazos demasiado flacos, huesos forrados de una piel blanda; después su cabeza, coronada por espinas. La imagen de este Jesús es la imagen del sadismo, de la perversión y la violencia,

y él parece saberlo, porque sus ojos miran al suelo. No tienen fuerza, pero, sobre todo, no tienen ganas de levantar la cara hacia la dignidad y la resistencia. Este Cristo, más que cansado está harto, más que asustado está resignado, y este Cristo, con su mirada abatida, sólo quiere que esto termine. No quiere ser un santo. No quiere ser un dios. Quiere que toda esta exhibición se detenga.

Una vez al frente, aprieto los puños. Mis manos son apenas las de un niño, igual que mis pies descalzos y heridos. Levanto la mirada y digo «Jesús, por favor, mírame», pero no pasa nada. Lo intento con más fuerza: «Jesús, yo sé que estás ahí, mírame», pero la estatua permanece inmóvil. Entonces insisto: «Por favor, levanta tus ojitos y mira a los míos. Por favor, mírame que estoy acá. Por favor, no me dejes solo». El dolor de los pies se recrudece y me azota por unas oleadas insoportables que amenazan con vencerme, pero no me quiero arrodillar. No me puedo arrodillar. No puedo estar más de rodillas en este lugar. «Jesús, si estás ahí tienes que mirarme ahora. Si existes tienes que mirarme ahora y sacarme de aquí». El cuerpo inerte de cerámica no me responde. Entonces lo contemplo en silencio, procurando que mis ojos perforen el vidrio y lo acerquen. Quiero tocarlo, quiero recorrer su piel reseca con mis dedos, quiero besarlo y arreglarlo y sanarlo. Quiero que nos vayamos los dos de aquí. Necesito acercar mis labios a los suyos, necesito que el vidrio se desvanezca y que este Jesús cobre vida y me bese de vuelta.

A lo lejos escucho unos pasos que se acercan. Ahora ruego: «Por favor, Jesús, sálvame». El sonido de los

pasos se hace cada vez más presente. Sé qué zapatos son. Reconozco esa mezcla de cuero con madera y el chasquido que emiten contra el mármol. Sé qué significan esos pasos en la oscura noche que me espera. Sé que tendré que ponerme de rodillas y sé que mi cuerpecito aguantará con tristeza las vejaciones. Aguantaré porque el dolor me hace grande. Aguantaré porque el sufrimiento me acerca a Dios.

Las pisadas están aquí, han ingresado a esta capilla y ésta es mi última oportunidad. «Jesús, por favor, sácame de aquí. Sálvame contigo. Salvémonos los dos. Llévame a mi casa». Aprieto tanto los puños que mis uñas me abren la piel de las manos. Ahora mis manos también sangran, como un nazareno. Siento una respiración espesa en el cuello y el cuerpo se me afloja tanto que me orino; puedo advertir la orina escurriéndose entre mis piernas. Pero Jesús todavía no me mira. Jesús nunca me mira.

Abro los ojos y doy un alarido sordo, un grito que nunca sale de mí, pero se condensa en mi interior y me ahoga. Me toco las manos y los pies. No están cortados. Estoy en la habitación del hotel en esta ciudad malsana. Me palpo la entrepierna y constato que no me he orinado. La cama está empapada de sudor, no sé si por el calor o por el pánico. Hace mucho tiempo que no tenía esta pesadilla que durante años me ha atormentado. Hace mucho que no encarnaba este sueño que odio, que es parte de mí y que me asusta como si fuera un presente eterno. Me quiero quedar en la cama, pero ésta no es mi cama. Me quiero ir a mi casa, pero no sé si ese lugar exista. Por lo pronto, mientras respiro, mientras vuelvo

a esta existencia, mientras constato que no soy un niño, tengo que ir a desayunar para verme en un rato con mi sobrina. Para encontrarnos en esa casa a la que tantas veces deseé con todas mis fuerzas poder volver.

4

Si antes las calles que rodeaban la casa eran reconocidas como las de opulencia y tradición, ahora sólo son un remanente más de la decadencia. Ya no es signo de riqueza vivir en una casa de cuatro cuartos cerca del centro de la ciudad. Todas las viviendas residenciales alrededor fueron reemplazadas, primero por comercios de ropa y telas durante los noventa y después por unos de peor calaña: repuestos de carros, autopartes y algunos garajes. El barrio que antes fue la zona más prestante de este pueblucho ahora parece el escenario mecánico de alguna película postapocalíptica. Esta ciudad, su frontera, su cualidad limítrofe entre una cosa y otra. Entre el bien y el mal. Entre la civilización y la barbarie. Esta ciudad condenada a no ser más que una región de paso, un purgatorio en la tierra donde siempre hace calor. Si durante décadas nosotros fuimos la barbarie, ahora lo son los del otro país y nosotros parecemos las grandes civilizaciones griegas. *Los otros*, los extranjeros, caminan todo el día descalzos por las calles calientes de la ciudad. Llevan lo puesto. «Se fueron con lo puesto» le dicen a haber es-

capado apenas con unos retazos encima, cubriendo la desnudez. La última vez que vine a la ciudad no existían *los otros*. Ellos nos parecían ordinarios, cosa menor, pero nosotros éramos los que cargábamos con la humillación. Ahora, parece que en venganza toda la ciudad los ignora y se queja: vienen *los otros* y ensucian y ocupan la calle y escupen el andén y dañan la vista. Y ya nadie sabe bien quiénes son los unos o quiénes los otros, qué nos hace de tal o cual especie, si son los carros, si son las casas, si antes eran sólo los apellidos, así ya no hubiera tierras ni fincas, si ahora es ser de aquí y no de allá, pero hay unos de todos los lados. Es la misma confusión de siempre.

Yo fui *gente como nosotros*, nunca me sentí de esa manera, pero papá solía recordarlo una y otra vez, así nuestra familia siempre fuera la prima pobre de otras más ricas, y nosotros tuviéramos que soportar las miradas de desprecio y sutil vergüenza. Yo siempre odié ese *nosotros*; por eso, apenas pisé Bogotá y después España quise deshacerme de mi nombre y de mi apellido, de lo que significaba la forma que tenía este mundo para nombrarme. Y lo hice. En cualquier lugar del mundo me conocen como Zadik, excepto aquí. En esta tierra con el aire seco, donde ya no se ven ni las selvas ni el intenso verde de la ensortijada montaña que se empinaba como una muralla para dar entrada a la ciudad; en esta tierra ahora reducida a la estructura de una autopista que es la muestra del progreso. Acá soy solamente Juan Francisco, nombre que me puso mi madre para honrar a su hermano cura como premio de consolación ante la desilusión de que yo hubiera nacido apenas otro varón.

Pablo siempre se rehusó a llamarme Zadik, y fue al único al que siempre le respondí por mi nombre de nacimiento. Supongo que me pareció que lo merecía: fue su convicción lo que me mantuvo en pie cuando éramos unos niños.

Toda la gente con la que creció ese hombre que fui, Juan Francisco, ya no está en esta parte de la ciudad. Han migrado a las afueras y se han encerrado tras rejas más altas y muros más robustos. Conjuntos de gente rica con gente rica. Los civilizados, los buenos, los blancos que deben esconderse de los migrantes, negros, morochos y marrones en barrios donde lo que se compra es una simulación de la realidad. Una ficción en la que la crisis no llega, ni el verano mata los pastizales, ni los alcaldes tumban los frutales centenarios para construir todavía más calles. No voy allá. Los tíos ricos nunca me quisieron, ahora están muertos y sus hijos no deben recordarme. Me quitaron el saludo cuando me gané el Reina Amalia por *Ellos o nosotros*, lo que mis primos consideraron la estocada final. Nada es más imperdonable que saberse delatado y que la propia realidad sólo genere pudor. La peor traición.

5

Antes de recibir su mensaje avisando que Pablo había muerto, yo sólo había visto a mi sobrina un par de veces en la vida.

Mientras la espero sentado en el zaguán de la casa, al frente del portón que da a la avenida, trato de recordar su cara. Cuando nació yo ya no vivía en el país, pero Pablo tuvo el buen gesto de mandarme una carta con una foto kodak de ella bebé. Era una bola rosada y cachetona. La niña más saludable que había visto hasta entonces, y mi primera sobrina. Aunque era una foto en la que el *flash* rebotaba, en una cama oscura, decididamente subexpuesta, recuerdo haber pensado que nunca había visto a un bebé tan lleno de vitalidad como Lisa, un cuerpo tan determinado a nacer como el suyo.

La carta de Pablo me anunciaba con cariño que mi primera sobrina había nacido. La emoción de ese parto borró entre nosotros una distancia que se había macerado ayudada por mi exilio, aunque no enteramente producto de ello. Empezaba con «Querido Juan Francisco», pero conforme avanzaban las letras, el tono

elegante epistolar se iba perdiendo y terminaba diciéndome algo como: «Su primera sobrina ha nacido. Se llama Lisa y ha llenado de sol todos mis días. Ojalá usted esté bien. No sé en qué va su vida. ¿Sigue con Annette? ¿Siguen viviendo en Madrid o se mudaron? Supongo que si esta carta le llega es que todavía están allí. Bueno, me gustaría saber de usted, porque es mi hermano, así a veces decida olvidarlo. Y porque ahora, con Lisa en este mundo, quisiera que ella lo pudiera conocer. Lo quiero. Su hermano Pablo».

Si no recuerdo mal, debía ser el año ochenta y nueve. Cuando la recibí, yo todavía estaba en Madrid y todavía estaba con Annette, mi exmujer. La leí incontables veces y me perdí en la imagen granulada de esa foto. La llegada de Lisa, a la distancia, con lo ajena que era para mí, me hizo comprender algo sobre la familia y la sangre: aunque yo no conocía a ese bebé que veía en esa foto, aunque esa criatura podía ser cualquier otra, no lo era porque era hija de mi hermano y también era parte de mí. Entonces, conmovido, preso de esa sensación de identidad avasallante que nos da saber que somos parte de algo que no elegimos, como una familia, me senté a responderle a mi hermano. La carta estaba desbordada de una emocionalidad cursi pero genuina. En ella le decía a Pablo que el nacimiento de mi sobrina también había llenado de sol el oscuro invierno europeo y que viajaría pronto a conocerla. Lo felicitaba por el nombre hermoso y simple que habían elegido para ella: una poesía breve, como un haiku. Un nombre alejado del dramatismo barroco de nuestra tierra; sofisticado y libre, como un lienzo en blanco. Me alegraba porque ella iba a poder

forjar su destino sin las ataduras pesadas de llamarse como personas que ya habían muerto. Sobre todo, me alegraba de que no hubiera elegido llamarla como se llamaba mamá. Darle esa oportunidad de construir su propia historia, le decía, era librarla del pecado original incluso antes del bautizo. Cerré la carta y la metí en un sobre, pero cuando iba al correo me arrepentí de todo su contenido. Sólo me armé de valor para enviarla varios meses después, cuando supongo que ya había perdido el sentido.

Así como recuerdo la primera vez que la vi, también recuerdo la última. Fue hace algo más de diez años, en Bogotá, donde viví un tiempo antes de radicarme en Madrid. Nada de lo que quiera decir sobre Bogotá vale la pena, porque para mí esa ciudad es una sola promesa sin cumplir: una capital a medias, con un montón de sueños que se lavan día tras día con la lluvia y el frío. Y nada sirve pero nada cambia, y ser idéntica es su encanto y toda su desgracia. Desde que me fui, juré que jamás volvería a vivir allí. Y cumplí. Ya en Madrid, leí una vez una frase de Feiling que me hizo pensarla: «¿Por qué, si no tuvimos apogeo, tenemos decadencia?».

Me habían invitado para hacerme un reconocimiento en mi universidad. La Facultad de Artes invirtió en llevarme a inaugurar una discreta sala que tenía mi nombre. La sala de exposiciones Zadik, en el segundo piso del edificio Carlos Vallejo. Cuando recibí el correo, ensayé varias respuestas. Una en la que los insultaba y les decía que no tenía nada que agradecerles porque había sido un alumno más que infeliz, incomprendido, y que no tenían derecho ahora a usufructuar mi nombre para darse

prestigio. Después de unos días de meditación, esa idea fue reemplazada por una vanidad asquerosa que me hizo aceptar. Ya por ese tiempo varios de mis colegas recibían esos reconocimientos, y a mi página no le vendrían mal las fotos del evento y los recortes de prensa. Mi mediocridad torció el brazo de mi orgullo, como bien me dijo Annette. De modo que terminé respondiendo en qué fechas podía viajar, complicando de más los trámites y exigiendo que nunca se pusiera mi nombre de nacimiento, además de un buen hotel. Cuando me preguntaron si había algún familiar al que pudieran invitar, respondí que de ninguna manera y que por favor nunca volvieran a hablarme del tema. Demandé que la habitación del hotel estuviera aislada de cualquier sonido porque era insomne y sufría de misofonía. (Lo primero era cierto, lo segundo era una exageración). Y ellos aceptaron, porque poner condiciones enriquecía la ficción en la que tanto la Universidad como yo nos habíamos embarcado: que yo era importante, memorable y fundamental para la historia artística del país.

La sala se inauguró con una muestra de mi obra que había enviado previamente desde Madrid, junto con algunos trabajos inéditos y *Ellos o nosotros*, el cuadro que salió de la bóveda del Banco de la República exclusivamente para la ocasión. Ya estaba más que hartado de él, pero todavía conmovía y atraía personas. El espacio era un antiguo salón de clase modificado con austeridad. No tenía luz natural y me pareció que estaba iluminado sin gracia y sin esmero. Del gran salón de las artes que mi mente había ideado quedaba muy poco en la realidad, pero procuré que la pretenciosa desilusión no me aplas-

tara. Estuvieron allí todas las autoridades académicas, un par de políticos de entonces y jóvenes aspirantes a artistas que habían sido convocados. Cuando hice el brindis sentí un pequeño estallido de luz en mi interior, una especie de júbilo y de redondez me abarcó. Fue un instante apenas, fue un segundo en el que me sentí absolutamente completo, y cuando quise reparar en ello, retomar ese dulce sabor en la boca y en la entraña de tener algo que me había sido esquivo toda la vida, cuando traté de retener a ese colibrí que revoloteaba brillante dentro de mí, ya se había ido y sólo quedaba en su lugar una honda y triste oscuridad.

Hablé hasta que se me secó la boca y abracé con exagerada delicadeza a cada persona que se acercó a felicitarme. Fingí toda la humildad que pude, bajando los ojos, haciendo reverencia a personas que me agasajaban. Todos esos gestos que correspondían a la *performance* de mi artista, a la identidad de Zadik; con sus mañas y su vicio de dar dos besos como en España, así la gente se incomodara.

En un momento, sentí una mano firme que me agarraba del brazo. Antes de que dijera su nombre, yo sabía quién era. Me di vuelta distraído y vi los ojos de Pablo: los redondos ojos bovinos de mi hermano, con su mirada melancólica y esperanzadora, pero puestos en la cara llena de vida de su hija. «Tío», me dijo. Y la sangre se me heló. No supe cómo me zafé de la conversación en la que estaba, porque en mi mente sólo sonaba un zumbido agudo que me ensordecía. Era una joven preciosa, con la misma vitalidad de aquella foto subexpuesta que yo recordaba con nitidez. Unos crespos cafés brillantes

le cubrían la cabeza con gracia y una emoción tan genuina como ingenua hacía que sus ojos brillaran mientras me miraba. En lo que recuperaba el habla, ella trató de remontar la conversación y felicitarme por la sala. Me contó que también había estudiado en esa facultad y que le había llegado la invitación como exalumna. Que cuando vio mi nombre, ay, cuando vio mi nombre casi salta de emoción porque yo iba a estar en Colombia y por fin íbamos a poder encontrarnos como colegas, aunque ella se había dedicado a la investigación. Me contó a gran velocidad todas esas cosas mientras me agarraba el antebrazo con más fuerza, temiendo, con mucha razón, que yo fuera a escapar. Aun así, me llamó *tío* con tanta naturalidad que pareció que nos hubiéramos visto muchísimas veces. Y yo sentí esa familiaridad en el cuerpo, la sentí tan presente y tan cálida que me dio un miedo paralizante que se fuera. «Mija, qué felicidad todo lo que me cuenta. Qué grande está. No esperaba verla», le dije. En ese momento llegó el decano de la Facultad y me pidió que fuera a tomarme una foto. Lisa, con prudencia pero sin soltarme el brazo, me dijo que le gustaría que nos tomáramos un café. Yo le propuse que al otro día a las diez de la mañana en el bar de la esquina. Se despidió con un abrazo fuerte y me dijo al oído: «Qué rico verlo, tío. Mi papá me ha hablado tanto de usted. Dice que nos parecemos. Tengo muchísimas ganas de que hablemos». Vi su pelo brillante irse mientras trataba de retomar el aire, pero una amargura se había asentado en mi garganta. Sólo sentí un gusto metálico en la boca, como si hubiera intentado masticar un puñado de monedas.

No conseguí dormir esa noche, preso de un estado febril, como los que experimentaba en la infancia. Tenía el cuerpo sudoroso e inquieto; no podía dejar de mover los pies. Cuando amaneció vi cómo salía el sol desde atrás de la montaña. Había fumado casi un paquete entero de cigarrillos para paliar el insomnio. No pude hacer nada más que revolcarme en la cama y caminar por el cuarto como un león enjaulado, un animal arisco obligado a la domesticación. La ropa me desesperaba; la desnudez me helaba los huesos. La tercera vez que me metí a la ducha, tratando de calmarme, llené la tina y me sumergí en el agua tibia contando los segundos en los que aguantaba la respiración. Salí del baño desnudo mientras veía el reloj: ya eran casi las diez y yo no me había vestido. El cuerpo me temblaba con tanta fuerza que mis dientes parecían maracas. Pensar en vestirme me pareció una tarea imposible. Me sentía como habiéndome una pesadilla en la que mi cuerpo no cooperaba con instrucciones sencillas para salvarme la vida. Traté de decirme que tenía que mover los pies, que debía ponerme el pantalón y salir, pero sólo conseguí reptar hasta la cama de nuevo y ocultarme bajo las sábanas, donde estuve los días siguientes, hasta que vinieron a buscarme del hotel porque ya tenía mi fecha de regreso a Madrid y porque probablemente pensaron que había muerto.

Lo último que recuerdo con certeza de esa semana es que eran las diez de la mañana y que yo estaba inmóvil, mirando a la puerta de la habitación como si me separara de ella una tormenta feroz, como si la puerta fuera un destino al que no podía llegar sin franquear imposibles obstáculos. Traté de que mi cuerpo fuera más

pequeño, de reducirme en posición fetal hasta ser diminuto; entonces la habitación me pareció inabarcable y sentí en esa pequeñez una enorme soledad que lo cubría todo.

Después el clonazepam, los cigarrillos y la tristeza decoraron el lugar. Cuando se hizo de noche de nuevo y me desperté de un sueño liviano, vi las luces de la ciudad titilando y un atisbo de esperanza se asomó en mi cabeza. Quizá no era tan grave. Quizá podría corregir todo y llamar a mi sobrina. O llamar a Pablo, o escribirle y decirle que algo terrible había pasado. Inventar una excusa que no lo preocupara; algo laboral, pedirle que me diera el contacto de Lisa y arreglarlo. Sí, eso era lo que tenía que hacer, pero cuando me puse de pie un terror me congeló los músculos. Ya era demasiado tarde. «El daño está hecho», me dije. «No hay nada que hacer. Ya no puedo volver atrás. Nunca van a perdonarme, o van a hacerme demasiadas preguntas y voy a terminar confesando mi crueldad, mi temor, lo cobarde e insignificante que soy. Es mejor no decir nada, rescindir todo contacto para siempre y que la vida pase de nuevo». No soy ajeno a este ritual de dolorosa indiferencia. Cuando me resigné ante mi imposibilidad de reparar los daños, cuando me rendí ante mi incapacidad de volver y decirle a mi sobrina que sí la quería y a mi hermano que lo extrañaba, rompí en un llanto profundo y quejoso, desprovisto de cualquier elegancia o sutileza. «Soy un imbécil, soy un hijueputa, soy un cabrón, soy un cobarde, soy un marica», me repetí hasta que las palabras perdieron sentido. «Soy todo lo que dicen que soy. Soy una bestia sin corazón. No, una bestia no, algo peor, soy un insecto

sin alma, sin determinación, sin columna. Soy una babosa. Una triste y solitaria babosa y sólo sé sentir pena por mí mismo. No soy capaz de morirme siquiera».

Lloré tendido en el tapete del hotel. Lloré porque mi papá nunca me quiso, lloré porque nunca pude quererlo. Lloré porque el nombre en una sala de exposiciones es algo pero es tanto menos de lo que soñé que sería mi grandeza, y lloré porque les di toda la belleza del mundo y ellos no supieron comprenderla. Lloré por la soledad, por los años en el seminario, por el padre Francisco, cuyo nombre cargo a costas, por Luciano y su brutalidad y por la dulzura de Pablo. Lloré por el niño que fui y ya no era. Lloré porque era un hombre viejo y cobarde, lloré por el pequeño pájaro que había iluminado mi corazón unas horas antes y que ya no volvería.

Cuando llegué a mi piso en Madrid me tomó algunos días reponerme. Sentía el cuerpo adormecido y lívido, pero mi casa me pareció el único lugar en el que podía respirar sin esa angustia que me asfixiaba.

Unas semanas después me llegó un correo de Pablo: «Juan Francisco, ¿usted está bien de la cabeza?». La pregunta inaugural se sintió como un puñetazo en el estómago, apenas anticipatorio de lo que vendría después. «Una cosa es que haga todas sus escenitas de “artista” (las comillas son textuales) con nosotros, que se haya perdido el entierro de la tía Chela y que nos defenestre cada vez que tiene oportunidad diciendo que usted no tiene una familia. Yo eso hasta puedo entenderlo. He pasado toda mi vida tratando de ser comprensivo con su sensibilidad, porque entiendo que tiene una y que es especial, porque usted siempre ha

sido especial. ¡Pero otra muy diferente es que haya dejado plantada a mi hija, a su sobrina Lisa! ¿Por qué ella tiene que pagar por lo que usted siente por nosotros? ¿Por qué no puede ser una persona normal y decente con su sobrina? ¿Qué culpa tiene ella, que lo admira y que fue a verlo a su inauguración? Me duele profundamente saber que usted no ha cambiado, ni ha reflexionado, ni se ha tratado lo que le pasa en su interior. Me duele más que no haya intentado repararlo con la siguiente generación. Quizá tiene usted razón y yo he sido un estúpido y un obstinado al tratar de contradecirlo. Debe ser verdad que, como dice, no tiene familia. Porque ya no la tiene. O al menos nos perdió a mi hija y a mí. Pablo». Sin el «Su hermano», con el que solía firmar sólo para molestarme. Ésa no fue la última vez que hablé con Pablo, pero sí la última vez que supe algo de mi sobrina.

Un taxi se detiene al frente de la casa. Yo alcanzo a pararme de la escalerita del zaguán y no sé cómo saludar a Lisa después de todo lo que pasó. Pero ella, que tiene los ojos miel de Pablo y esa compasión tan suya, tan resuelta a perdonarnos a todos con tal de que podamos amarnos, no deja ni que yo me incomode antes de darme un abrazo apretado y largo. Su pelo espeso me cae sobre el cuello y su cuerpo tibio me hace sentir a salvo, como si yo fuera la joven huérfana y ella el hombre de setenta que conoce el duelo y consuela. Cuando le digo que lo siento mucho por la muerte de su papá, tratando de mantener la compostura de un hombre de mi edad, me

quiebro en un llanto pueril que en lugar de espantarla la entenece. Lloro como cuando era un niño y tenía que irme de esta casa a cualquier otro lugar, lejos de mi hermano, que ahora está muerto.